

Fechas en mi vida

Mayo, 1978

Amanecía en mi vida y tú siempre estabas allí. En la tele en blanco y negro Locomotoro discutía con los hermanos Malasombra mientras a Valentina se le torcían las gafas. Un globo, dos globos, tres globos. Me asomaba a la terraza y siempre había ropa tendida, jaulas con jilgueros y una bombona de butano de repuesto. La calle era mi reino y tú el hada madrina. Cómete la merienda, gritabas por la ventana, y nunca estuvieron más limpias ni fueron más blancas las sábanas que colgaban, batiendo el aire, así eran las banderas de mi infancia que tú guardabas.

El Guerrero del Antifaz depositó la espada sobre la mesa, puso su mano sobre mi hombro y susurró “es tuya”, y entonces entraste a la habitación para despertarme, como todos los días, para ir al colegio. El de Sociales cateaba a cualquiera y el de Física decía que el Teorema de Arquímedes nos entraría, cenutrios, aunque fuera con sangre. En el recreo pisábamos la tierra, levantábamos polvo, jugábamos a la pídola y al rescate y nos enterábamos de que Spiderman le había ganado la partida al Doctor Octopus. La princesa Sigrid, con su cabellera rubia, con sus ojos soñadores, esperaba algo, no sabíamos qué, en el reino de Thule, mientras el Capitán Trueno luchaba con un cocodrilo en un río proceloso. Solo Luismi sabía lo que significaba proceloso, pero nadie estaba dispuesto a preguntárselo.

César estuvo castigado por preguntarle a Don Luis qué era el onanismo y Del Castillo copió mil veces no molestaré a mis compañeras. Análisis morfológico de la siguiente frase, búsqueda de la verdad en el pensamiento socrático, fórmula del níquel. Ellas nos miraban y reían y su risa a veces hacía daño y otras acariciaba, como el filo de una navaja o como una tela suave y ondulante. A Marga le habían crecido los pechos porque comía tigretones y phoskitos, decía Nica, que consultaba a escondidas la Vida Sexual Sana que tenían sus padres en casa, en lo más alto del mueble del salón, pero no le creíamos porque ni siquiera era capaz de sostener el cigarrillo entre los labios como nosotros, que ya lo hacíamos como el Sargento de Hazañas Bélicas y nuestro trabajo nos había costado.

Aprendí bajo tu tutela, madre, mientras Bruce Lee hacía acto de presencia los sábados en la sesión doble del Astoria, que máquina y taquigrafía eran de gran porvenir, que era necesario comer lentejas, que todo esfuerzo tenía su recompensa.

Agosto, 1982

Tomé un par de cañas, jugué al fútbolín y gané míseros sueldos de fin de semana. Corría el año 1984 y yo cumplía el servicio militar en Canarias. Sería la sal o el aire proveniente del Sahara, no lo sé, pero el cuartel, que estaba lejos del mar y situado sobre unos pedregales polvorientos, parecía siempre sucio y a punto de derrumbarse, por más que continuamente hicieran que los soldados lo limpiáramos y pintáramos. A los pocos días de estar allí me contagié de la mugre y la desidia que imperaba en el ambiente y que parecía

apoderarse de todo. En un año pinté muchas fachadas, garitas y salas de guardia. Lustré mis botas y miré el cielo encapotado. Mis pensamientos eran difusos e intermitentes como el agua caliza de las duchas del cuartel. Parecía que anduviera sobre arenas movedizas y que mi única obligación fuera arremeter contra el mundo.

Pero pensaba en ti y me sobreponía. Echaba de menos la franqueza y rectitud de padre, sí, pero sobre todo tu dulzura, y el reconfortante olor a orégano y pimentón de tus comidas, y que lavaras mi ropa interior y plancharas mis camisas de tergal. En las tardes largas de las camaretas militares leí Crimen y Castigo y caminé por calles nevadas y frías; Cien años de soledad y me mojé con su lluvia; el Gran Gatsby y asistí a fiestas en las que se servían martinis perfectos. Me maravilló la literatura y a ella me agarré. Ahora sé que aquellas tardes solitarias en el pozo sin fondo de la infantería posibilitaron estas líneas.

Marzo, 1995

Recibos del banco, hipoteca variable, estamos a fin de mes, hay que ver cómo está el aceite de oliva, sube la hipoteca. Coche de cinco puertas, en agosto vacaciones en la playa. No me grites. Plancho yo, tú preparas la cena. Hay que arreglar el grifo de la cocina y han llamado de Telefónica, que ya funciona. Apunta que hay que comprar leche y coca cola, qué cansado estoy. Ponte el abrigo, que hace frío. La esgrima de todas las parejas del mundo continúa y, sin embargo, aunque a veces mi mujer y yo no nos soportamos, el

engranaje de la vida es perfecto. Tú me lo haces saber cuando hablamos por teléfono y en tu voz hay un sosiego que reconozco y me alienta.

Os visitamos el domingo y cocinas para nosotros caldereta de cordero y natillas. Las puertas de los armarios de la cocina, abiertas. El vaso de vino de padre, brillante en medio de la mesa, como un trofeo. Con el delantal haces juegos de manos, tu frente suda, y te apoyas en la ventana, escoltada por los cacharros del fregadero. Sigues siendo la reina de los fogones, pero padre me dice, cuando no escuchas y recogemos las tazas de café, a la hora de la siesta, que te ha visto llorar alguna tarde con un llanto manso, que estás triste y que no sabe por qué.

Marzo, 1998

Mañana de domingo, de parque y tobogán, de arena y columpio. Huele a césped recién regado y los ladridos alegres de un perro se oyen a lo lejos. El periódico en mis manos, doblado. El mundo en mis manos, pienso. ¿Tú comes pipas o el primer helado del verano ya próximo? No lo recuerdo. Sí recuerdo que me has dicho que debemos hablar. Miro tu cara y en tu mirada veo el paso del tiempo. Desde luego, sé que no sonríes como antes. Pero no importa, la luz del sol es tan diáfana que parece traspasar los contornos del banco en el que estamos sentados, de los árboles, la silueta de los niños en los columpios, y todo parece estar dispuesto y colocado con esmero, esta mañana, para su disfrute.

Los colores del parchís en los columpios. El tobogán está solicitado. Una pelota rueda tras la empalizada y un niño corre en su busca, como unido con

un hilo a ella. Parece que el osito Winnie llegará en cualquier momento, que el Mago Merlín sacará un conejo de su capirote estrellado. Tu nieto juega en la arena a que la pala de plástico azul es el aspa de un molino y el cubo un depósito de agua. Ya sabes que los lulusabios fueron unos monstruos prehistóricos que pueblan sus pesadillas y que con la biliquiteta correrá el Tour de Francia. Su juguete preferido es un cocolilo, un animal de grandes fauces que lucha contra las pirañas de los ríos. Miras a tu nieto y en la ternura que veo en tus ojos me veo a mí mismo cuando me dabas pan, aceite y azúcar y me decías sana, sanita, culo de rana.

“¿Recuerdas que tuve que ir al especialista?”, me preguntas, de pronto, “¿recuerdas que me acompañó tu padre?”.

Digo que sí. Hay un niño que llora, otro lanza una pelota al aire y la pelota parece demasiado ligera, casi etérea. La luz del sol nos da en los ojos y tenemos que utilizar las palmas de las manos como viseras.

“Pues el especialista es una neuróloga muy simpática, la doctora Guijarro, que me ha diagnosticado la enfermedad de Parkinson”, dices, y te quedas tan tranquila. ¿Cómo puedes quedarte tan tranquila, cómo? No sé si comes pipas o saboreas un helado, no lo recuerdo, pero sí sé que es domingo, que pronto comenzará el verano, que estamos en un parque de verdes praderas y que lo que me acabas de decir me suena a temblor en las manos, a ancianos decrepitos, a viejos que chochean, y mirándote me niego a creerlo.

Me hablas con paciencia de todos los síntomas de la enfermedad. Mencionas que no tiene curación, dices que con la medicación adecuada se puede llevar una buena calidad de vida. Insistes mucho en lo de la calidad de vida, insistes tanto que logras enfadarme. Te digo, casi te grito, que ya me

informaré yo, ya iré a la biblioteca para saber qué coño es eso del parkinson. Te pregunto si has contrastado el diagnóstico con otro médico. Porque a veces los médicos se equivocan. Más de lo que pensamos.

Junio, 2005

El tiempo se deforma con el uso y va perdiendo las aristas. Todos los relojes parecen de arena, la arena que lame las olas de cada jornada: a media tarde estás demasiado cansada. Bostezas. Haces verdaderos esfuerzos para alegrar tu semblante como si esto fuera un circo sin carpa o un cuento sin final y tu nieto a veces se desespera, aunque ya va comprendiendo ciertas cosas porque ya tiene edad para eso, madre, no te preocupes.

En la comunidad de vecinos han instalado una rampa, la vecina del tercero te pregunta siempre por tu salud y parece que esperaríamos el diluvio cuando paseamos. Te recuestas en las paredes y parece darte miedo cualquier umbral. El pasamanos que nos lleva al balcón de las tardes está cubierto de herrumbre, lo sé, ya nada brilla como antes. Hasta tu nieto se ha familiarizado con la terminología y habla de bloqueos, levodopa o disfagia...

Y sin embargo no te preocupes porque estamos contigo. Eso te digo sin que me escuches cuando espero sentado ante la máquina del café, con un vaso de papel en las manos, a que termine el horario de la terapia. Hoy toca logopedia y os oigo a ti y a tus compañeros, tras la puerta, decir “rrrrrrr”, declamando la poesía de los días y las noches, esas noches que pasas en vela y a veces con pesadillas, luego parar y después seguir, “rrrrr-rrrrr”, durante unos minutos. La Asociación de Parkinson una jaula de grillos, un campo de

hierbas agostadas al final del verano. Todos ellos son tus amigos, madre. Aplaudo la determinación que has tomado: no rendirte nunca, no ceder ante la espada de la adversidad. Ganarás pequeñas batallas.

Sé que el calendario es tu enemigo, que la felicidad dura un instante y luego ya no existe. Por eso pronto te anunciaremos que te nacerá un nuevo nieto, para que sonrías y veas que el tiempo es un círculo que se cierra, pero dentro del cual estamos los que te queremos. Para que te sientes frente a su cuna y sueñes que me gritas por la ventana. Siempre han estado conmigo el Capitán Trueno y Spiderman. Y tú, tú eres la que siempre has estado conmigo.